

Queridos amigos de la Acción Católica,

Doy la bienvenida a todos ustedes, que representan esta bella realidad eclesial. Saludo a los participantes de la Asamblea nacional, a los presidentes parroquiales, a los sacerdotes asistentes y a los amigos de la Acción Católica de otros países. Saludo al presidente Franco Miano, a quien agradezco la presentación que ha realizado, y al nuevo asistente general, Mons. Mansueto Bianchi al cual deseo todo bien para esta nueva misión, y a su predecesor Mons. Domenico Sigalini, que ha trabajado tanto: le agradezco por la dedicación con la cual ha servido por tantos años a la Acción Católica. Dirijo un saludo especial al cardenal Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, y al Secretario General Mons. Nuncio Galantino.

El tema de su Asamblea “Personas nuevas en Cristo Jesús, corresponsables de la alegría de vivir”, se inserta bien en el tiempo pascual, que es un tiempo de alegría. Es la alegría de los discípulos en el encuentro con Cristo resucitado y esta alegría, necesita ser interiorizada, dentro de un estilo evangelizador capaz de incidir en la vida. En el actual contexto social y eclesial, ustedes, laicos de la Acción Católica son llamados a renovar la elección misionera, abierta a los horizontes que el Espíritu indica a la Iglesia y expresión de una nueva juventud del apostolado laical. Ésta es una elección misionera: todo en clave misionera. Todo. Es el paradigma de la Acción Católica: el paradigma misionero. Ésta es la elección que hoy hace la Acción Católica. Sobre todo las parroquias, especialmente aquellas marcadas por el cansancio y la cerrazón, y hay tantas. Parroquias cansadas, parroquias cerradas... ¡Ay! Cuando yo saludo a las secretarías parroquiales, les pregunto: ¿pero usted es secretaria de aquellas que abren la puerta o de aquellas que cierran la puerta? Estas parroquias necesitan de su entusiasmo apostólico, de su plena disponibilidad y de su servicio creativo. Se trata de asumir el dinamismo misionero para llegar a todos, privilegiando quien se siente lejano y a los estratos más débiles y olvidados de la población. Se trata de abrir las puertas y dejar que Jesús pueda salir. ¡Tantas veces tenemos a Jesús encerrado en las parroquias con nosotros y nosotros no salimos y no dejamos que Él salga! ¡Abrir las puertas para que Él salga, al menos Él! Se trata de una Iglesia “en salida”: siempre una Iglesia en salida.

Este estilo de evangelización, animado por una fuerte pasión por la vida de la gente, está particularmente adaptado a la Acción Católica, formada por el laicado diocesano que vive en estrecha corresponsabilidad con los Pastores. En esto les es de ayuda la popularidad de su Asociación, que a los compromisos intraeclesiales, sabe unir aquellos de contribuir a la transformación de la sociedad para orientarla al bien.

He pensado en entregarles tres verbos, tres verbos que pueden constituir, para todos ustedes, un tramo de camino. El primero es: permanecer. Pero no permanecer cerrados, no. Permanecer, ¿en qué sentido? Permanecer con Jesús, permanecer gozando de su compañía. Para ser anunciadores y testigos de Cristo se necesita permanecer sobre todo cercanos a Él. Es a partir del encuentro con Aquel, que es nuestra vida y nuestra alegría, que nuestro testimonio adquiere, cada día, un nuevo significado y una fuerza nueva. Permanecer en Jesús, permanecer con Jesús.

Segundo verbo: ir. Por favor, jamás una Acción Católica inmóvil. No detenerse: ¡avanzar! Ir por las calles de sus ciudades y de sus países y anunciar que Dios es Padre y que Jesucristo se los ha hecho conocer, y por esto su vida ha cambiado: se puede vivir como hermanos, llevando dentro una esperanza que no desilusiona. Que haya en ustedes el deseo de hacer llegar la Palabra de Dios hasta los confines, renovando así su compromiso de encontrar al hombre en cualquier lugar se encuentre allí donde sufre, allí donde espera, allí donde ama y cree, allí donde están sus sueños más profundos, las preguntas más verdaderas, los deseos de su corazón. Allí, los espera Jesús. Esto significa: salir afuera. Esto significa: salir.

Y finalmente, alegrarse. Alegrarse y exultar siempre en el Señor. Ser personas que cantan a la vida, que proclaman la fe. Esto es importante: no sólo recitar el Credo, recitar la fe, conocer la fe: proclamar la fe. Decir la fe, vivir la fe con alegría se llama "cantar la fe", y esto no lo digo solo yo. Esto lo dijo hace 1600 años San Agustín: cantar la fe. Personas capaces de reconocer los propios talentos y los propios límites, que saben ver en las propias jornadas, también en aquellas más oscuras, los signos de la presencia del Señor. Alegrarse, porque el Señor los ha llamado a ser corresponsables de la misión de su Iglesia. Alegrarse, porque en este camino no están solos: está el Señor que los acompaña, tienen tantos obispos y sacerdotes que los sostienen, están sus comunidades parroquiales, sus comunidades diocesanas con las cuales compartir el camino. No están solos. Con estos tres comportamientos, permanecer en Jesús, ir a los confines y vivir la alegría de la pertenencia cristiana, podrán llevar adelante su vocación y evitar la tentación de la "quietud", que no tiene nada que ver con el permanecer en Jesús, evitar la tentación de la cerrazón y aquella del intimismo, tan edulcorada, desagradable por más dulce que sea, aquella del intimismo... Y si ustedes "van adelante", no caerán en esta tentación. Y también evitar la tentación de la seriedad formal. Con este permanecer en Jesús, ir a los confines, vivir la alegría evitando estas tentaciones, evitarán de llevar adelante una vida más parecida a estatuas de museo que de personas llamadas por Jesús a vivir y a difundir la alegría del Evangelio. Si ustedes quieren oír el consejo de su asistente general, es tan manso, porque lleva un nombre manso, es Mansueto. Si ustedes quieren seguir su consejo, sean como burritos, pero jamás estatuas de museo, por favor, jamás.

Pidamos al Señor para cada uno de nosotros, ojos que sepan ver más allá de la apariencia, orejas que sepan oír los gritos, susurros y también los silencios, manos que sepan sostener, abrazar, cuidar. Pidamos sobre todo un corazón grande y misericordioso, que desee el bien y la salvación de todos. Los acompañe en el camino María Inmaculada y también mi bendición.

Les agradezco porque sé que rezan por mí. Ahora los invito a rezarle a la Virgen, que es nuestra Madre, y que nos acompañará en este camino. La Virgen siempre iba detrás de Jesús, hasta el final: lo acompañaba.

Recémosle que nos acompañe siempre en nuestro camino, este camino de la alegría, este camino del salir, este camino del permanecer con Jesús. Ave María...